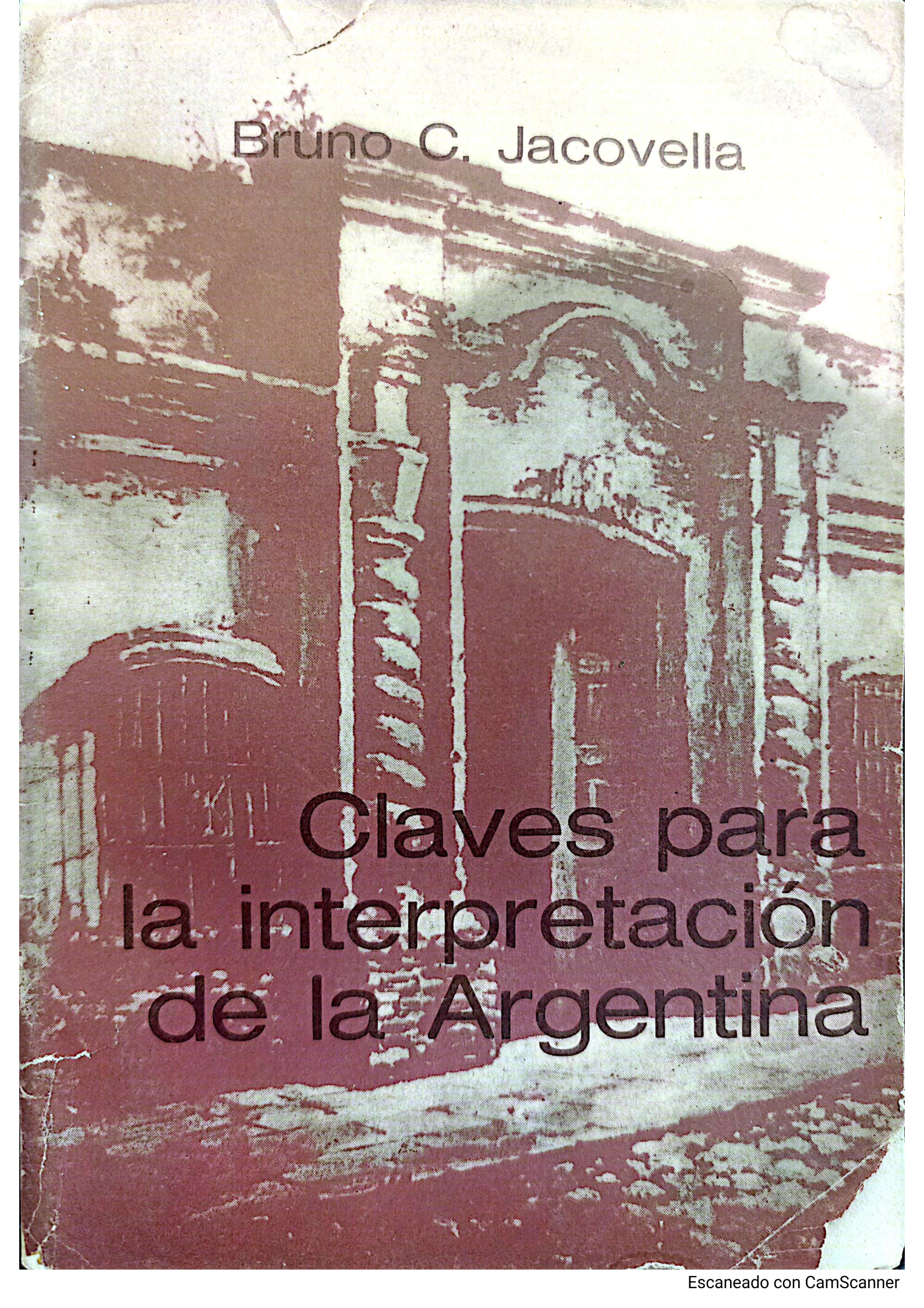




Bruno C. Jacovella

Claves para la interpretación de la Argentina

Bruno C. Jacovella

Claves para la interpretación de la Argentina

NUESTRA PORTADA:

Frente de la histórica Casa de Tucumán (alrededor del año 1875, antes de realizarse las reformas) donde se juró la Independencia, el 9 de julio de 1816.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.
Copyright © 1980. By Editorial DOCENCIA.
Juan María Gutiérrez 2728, Buenos Aires.
Primera Edición Año 1981.
Printed and published in Argentina.
Impreso y publicado en la Argentina.

ARGENTINA, UN MUNDO: EL QUINTO

La Argentina quiere ser Europa y no América, y a fuerza de no querer ser lo que es y querer ser lo que no es, ha llegado a convertirse en un país muy peculiar, desazonado, inestable e inseguro de sí mismo, aunque también orgulloso, a menudo titular de grandes empresas y gestos, casi siempre seductor y siempre fuera de serie. Si el no querer ser él y ser otro se debe a razones de comodidad, para eludir el trabajo de *hacerse*, quedará en claro más adelante. Por lo pronto, es ella sola un mundo. Pues no hay tres mundos sino cinco —dice José Luis Imaz—, y la Argentina no pertenece al tercero, sino que ella, exclusivamente, es el quinto: aquel “más desarrollado social que económicamente, y que tiene petróleo pero lo importa: es el caso del país tonto”¹. Así pensaba Imaz al menos en 1968. Y no hay que alarmarse por lo de “país tonto”. Cosas peores se dijeron de la Argentina: “país poco serio”, “en solfa”, “surrealista” y hasta “en *xoda*”.

Si a pesar de eso, de su inacabada y fluctuante identidad, y de todas las insuficiencias, ofuscaciones e infatuaciones que han hecho de su historia y su realidad actual un tejido de contradicciones activas y viables, si a pesar de todo eso ha llegado a ser lo que ha sido

¹ *Promediando los cuarenta*. Bs. As., 1977, pág. 154.

y lo que es, quiere decir que hay en ella pasta para seguir acariciando y realizar oportunamente un “destino manifiesto”, aunque en verdad “enrevesadamente manifiesto”, y sin duda cíclicamente aceptado-y-contrariado. En efecto, con ser la menos española de las naciones de América, es entrañablemente, con su mínimo de ingredientes indígenas, “más España” que ninguna otra. Sin dejar de compartir en varios puntos esa cualidad con Chile y Uruguay, en lo histórico y cultural mantiene, hoy como ayer, su indiscutible primacía continental. Ya su folklore ofrece singularidades —algunas curiosamente arcaicas— que no se explican por lo español ni por lo aborigen: canciones como la *baguala* y la *vidala*, casi todos sus bailes vivaces de pareja y el *malambo*, los instrumentos *corneta*, *erquencho*, *flautilla jujeña* y *anata*, y el arte de *payar* (que está también en Uruguay, Chile, Brasil y Venezuela, pero no en España ni, menos, en la América prehispánica); en otro orden socio-cultural, la poesía gauchesca (*Martín Fierro* es algo único en la literatura mundial) y el arquetipo humano del *gaucho* (con toda la ficción poética y circense que lo envuelve); luego la *zarzuela criolla*, el *sainete criollo* que la sucedió y el *tango*; las *marchas militares* (con las que sólo pueden compararse por su calidad las alemanas y las francesas); y, finalmente, ya en el nivel histórico, o de *élites*, la aludida primacía continental en materia de artes plásticas, teatro, ballet, operetas, ópera y música sinfónica, aunque individualidades más grandes, más enteras —por el cisma interior que enerva la personalidad argentina—, las tengan más bien otros países de América.

EL TORMENTOSO NACIMIENTO

Al decir “la Argentina”, nos referimos a la cambiante y más bien tormentosa relación que han anudado desde hace más de siglo y medio el *país natural* —en lo humano y lo geográfico— y la *nación*, el ente político constituido, desde 1810, sobre la base del país

natural, por obra de la voluntad patria e ideológica del Buenos Aires-ciudad, o urbe porteña.

Toda la América, sin embargo, es ya producto de dos singularidades históricas cargadas de conflictos potenciales:

I. El trasplante de la civilización occidental o europea a un continente habitado por gente en parte poseedora de hábitos civilizados, aunque de tipo arcaico, megalítico —cuando Europa estaba a su vez pasando de la Edad Media a la Moderna—, y en parte situada en un nivel tribal, paleolítico o neolítico.

II. La ejecución en ella, tras un largo sueño extrahistórico, de dos géneros disímiles de proyecto civilizador prenatal: uno, anglosajón, en el núcleo más dinámico del subcontinente septentrional; y el otro, ibérico, en el subcontinente meridional y la parte sur de aquél. En el primero, actuó un cristianismo protomoderno, individualista y receloso de la razón, cuya conjunción con el *ethos* racionalizador y pujante del capitalismo industrial incipiente había de dar una mezcla explosiva en términos de poder político y económico; en el segundo, la tradición católica mediterránea iba a recostarse sin graves tensiones en ese universo arcaico, y el espíritu inicial de conquista sólo iba a sobrevivir, con más de rapacidad que de heroísmo, en el imperio lusitano. Por añadidura, las quince naciones hispanoamericanas entraron en la historia en otro momento crítico de la civilización europea: en una endiablada encrucijada, en que venían entreveradas la Ilustración racionalista expirante, el Romanticismo irracionalista naciente y la Tradición católica subsistente, la que hasta el siglo XVI había producido y hecho vivir la síntesis de la razón filosófica, la múltiple sinrazón —voluntad, afectividad, imaginación, creatividad—, la empiria científica y la suprarrazón —intuición intelectual y Fe, con su paulina *epignosis* (luz cognoscitiva que viene de arriba)—.

Desde el norte, el despliegue de dichas nacionalidades —no todas viables, o sea, más del mapa que de la historia— se ve continuamente perturbado por neoformaciones doctrinales: unas de signo ilustrado —el socialismo internacional positivista—, y otras de signo

romántico —el liberalismo individualista y el socialismo nacional o “fascismo”—; a los que se agregan el socialismo democrático, o mixto de política liberal y economía dirigida, y el cristiano, que trata de engarzar el programa de la Revolución Francesa en un marco católico, o al menos religioso. Demasiadas opciones, por cierto, para un país siempre ávido de novedades, y más si llegadas de afuera.

A este maremagnum político-doctrinal se añaden todavía las precarias soluciones militaristas, las utopías indigenistas —retorno a un pasado culturalmente extinguido— y el espectro tentacular y cada día más presente de la *masa*, con sus dos variantes: la sociedad democrática de consumo, tipo U.S.A., en que sobreviven todos los derechos y libertades que no perturben el funcionamiento de la máquina de subsistir-y-convivir en que se está transformando la civilización occidental, y la sociedad totalitaria, tipo U.R.S.S., regida por una triple conjunción burocrática-militar-partidaria.

EXCURSUS

En la concepción aquí adoptada de la Historia Universal de la Cultura —claro que en el marco occidental o europeo—, la Tradición es entendida como la grandiosa síntesis medioeval que comienza con la fusión de las corrientes bio-históricas representadas por Israel (la Revelación primera), Grecia (la Teoría o contemplación inteligente y sistematizadora del mundo real y el ideal), Roma (el Imperio u organización de las naciones bajo *un* Derecho) y Germania (la Acción, el impulso *fáustico*); una fusión obrada por el principio a la vez trascendental e histórico de la Epifanía, o extensión a todos los hombres de la Revelación, de la Buena Nueva de que el Salvador ha venido finalmente al mundo, de la doctrina de que el Poder, la Sabiduría y el Amor han de reinar juntos y del aviso de que sólo por la virtud de ese Amor podrá el Hombre aproximarse a un orden de Justicia y Libertad. Esta perspectiva venturosa de la Nueva Edad es

razonablemente entenebrecida por la advertencia de que lo mismo sigue y seguirá pervertida la naturaleza humana, por las consecuencias de la culpa original, y de que nunca dejarán de ser “muchos los llamados y pocos los elegidos”.

Esa gran síntesis fue organizada, custodiada y administrada por la Iglesia y el Trono, dos potestades en inestable acuerdo, y tenía ella sujeta a su orden otras potencias del espíritu humano cuyo acuerdo tampoco era estable: la Fe y la Razón, la Teología y la Filosofía. En ambas situaciones, la inestabilidad se debía al primado de la Fe y la Teología, cuestionada secretamente por la Razón y la Filosofía. Los gérmenes de la gran ruptura posterior se encontraban, así, dentro de la misma gran síntesis; y aquella ocurrió, al iniciarse y desplegarse la Modernidad, mediante sucesivas revoluciones:

- a) el Humanismo renacentista: puede haber también hombres tan plenos como el cristiano fuera de Europa y la Iglesia;
- b) la Reforma: la naturaleza humana está tan pervertida, que no puede salvarse sino gracias a un inescrutable “capricho” de Dios;

(Aquí se intercalan los dos siglos de la Contrarreforma —el Barroco—, en que la Tradición compensa la pérdida de la Europa germánica con la evangelización de medio continente americano y, conducida por la Compañía de Jesús, digiere la Modernidad.)

- c) la Ilustración, dos siglos después: la Razón está por encima o al margen de la Fe; y
- d) la Ciencia experimental o positiva, en los siglos XIX y XX: ni Razón ni Fe; sólo es verdad lo que todos pueden comprobar por la experiencia sensible y los aparatos que la suplen o la potencian.

En medio de ese desgajamiento de la Tradición medioeval, el *eón*² romántico buscó en el siglo XIX poéticos retornos y precarias

² Este término, tomado del lenguaje neoplatónico, lo usa Eugenio d'Ors para designar los sucesivos principios generadores de estilos mentales, culturales y sociales.

síntesis con base en las distintas potencias extrarracionales, y hasta introdujo dos nuevas propuestas: una Fe sin Razón, y un Irracionalismo sin Fe. La Reforma, por su parte, fue aproximándose a un régimen aberrante de conciliación mediante la institución de *las dos verdades*: es cierto lo que enseñan los Libros Sagrados, pero es cierto también lo que afirma la Ciencia, a saber, que lo que exponen dichos Libros, fuera del ámbito puramente moral, carece de todo fundamento racional y experimental.

Por último, el siglo XX vio materializarse un nuevo *eón*, el de la *Técnica*, que, con la Ciencia, y aun por encima de ella, concibe la Naturaleza y al Hombre como meros *materiales histórico-sociales*, y no ya como *obras* (así sean plásticas o evolutivas) *de una creación*, por lo que a la acción de ese Hombre, a través de la máquina social, ambos en continuo cambio, le está señalada la tarea de dar forma y encauzar en un sistema de subsistencia-y-convivencia la vida humana. En virtud de este nominalismo antropológico, el Hombre queda reducido a una condición de pieza de la gran máquina tecno-social, y se le compensa su desjerarquización o cosificación con un sistema anexo de placeres: la socialización del hedonismo.

En la segunda mitad del siglo XX, y aun antes, se produjo un viraje de la Ciencia con el formalismo, que la retira del campo de los *qué* y los *porqués*, para ceñirla estrictamente a los *cómos* y a las relaciones mensurales entre puntos inaprehensibles de materia-energía. Así, la Ciencia formalista abandona a la Fe o a la opinión del Hombre el vasto campo de los *qué* y los *porqué* (ya había prescindido de los *para qué*), juzgándolos fuera de su competencia al no poder aprehenderlos con sus aparatos de cálculo.

La tradición, por otra parte, posee un germen inmortal e invariable, pero también —siguiendo la imagen biológica— una envoltura carnosa mortal y variable —lo cultural e histórico— y una corteza protectora —el escolasticismo, la catequesis—, que así como puede custodiar el germen y su fruto, puede asimismo deshidratar éste y petrificar aquél, en un proceso de ritualismo esterilizador o hieratismo. Así, desde el Concilio Vaticano II, y aunque sus dominios se han visto mermados considerablemente, en su germen inmortal se

siguen incubando síntesis grandiosas. Mientras tanto, bajo su amparo, había subsistido durante la modernidad una hija menor suya: la *tradición popular*, llamada hoy *folklore*, que es la cultura oral que sobrevive por debajo y a la vera de la letrada urbana, y en la que se han vertido, en una notable armonía de contrarios, resplandores mortecinos de la Verdad una y múltiple, supervivencias del fondo arcaico del alma humana —magia, animismo, dinamismo, hilozoísmo—³, invenciones y fantasías de esa misma alma *folk* y, finalmente, adaptaciones hechas por ella, conforme a sus posibilidades, hábitos y preferencias, de materiales diversos de cultura recibidos de la ciudad.

Las nuevas síntesis grandiosas aludidas precedentemente, y que han de ocurrir, se supone, en el III Milenio cristiano —con todos los cambios modales y adaptaciones inevitables—, son las siguientes: 1) reunión de los hermanos separados; 2) reintegro ordenado, en la unidad tradicional, de la Ciencia positiva —sin positivismo—, de la Razón —sin racionalismo— y de la Fe depositada y con su epignosis; 3) reevangelización de las masas occidentales; 4) evangelización de Oriente (la sociedad sínica, la índica, la malaya); 5) unión con el mundo islámico; y 6) reconocimiento de Jesucristo por Israel. Las tierras actuales de misión no ofrecen obstáculos tan difíciles, ni tampoco la cristianización del socialismo ateo. Sigue pendiente, sin embargo, sobre el porvenir de esta formidable empresa, en que culminan los siglos, el misterio de la Gran Apostasía, con su última y más seductora variante: la conquista de la muchedumbre innumerable por el rostro juvenil del Anticristo y su triple “programa social” —*panis, sexus et circenses*.

³ Son principios intensamente actuantes en la mentalidad arcaica y la *folk*, pero que subsisten también en la urbana semiletrada y de masa. La *magia* ve en el universo un tejido oculto de relaciones dominadas por las “leyes” de lo similar y del contacto, o por un simbolismo más o menos arcano. El animismo lo ve poblado por seres de tipo angelical o demoníaco —hadas, genios, almas condenadas, fantasmas—; y el dinamismo, surcado por corrientes de misteriosa energía, que se posan en determinada gente, animales o cosas; mientras que el hilozoísmo adscribe propiedades humanas o animales a cosas y plantas —cerros que se enojan, casas o plantas que devoran, etc.

HACIA UNA TEORIA DE LA ARGENTINA A TRAVES DE LA HISTORIA

En nuestro libro de 1962 *Juan Alfonso Carrizo*, cuyo subtítulo —extirpado por el editor— era “Tradición, Ilustración y Romanticismo en las luchas por la definición del ser nacional”, tomamos en cuenta únicamente las tres formaciones troncales. Sólo nos cabe precisar que:

1) La Tradición, en su versión hispánica, se explayó en varias tradiciones folklóricas regionales; en la nuestra, al fondo ya analizado se añadieron la artificiosidad y retórica del Barroco, el estiramiento ilustrado y, en general, el estilo cortés propio de España. Políticamente, dio los regímenes conservadores —falsamente llamados liberales—, en dos versiones: la de las *élites* oportunistas y reacias de todo cambio en lo establecido, y la que expresa la fórmula “caudillos-multitudes”, dicha hoy “populista”, y también “socialismo criollo”, “democracia turbulenta”, etc. Los cenáculos “nacionalistas” de los años 30 deben citarse asimismo, pues fueron en su mayor parte más tradicionalistas que estrictamente nacionalistas.

2) La Ilustración entró más en las *élites* de Buenos Aires y Montevideo que en el resto del virreinato, y lo hizo, no directamente de Francia, por tanto, sin su ateísmo solapado, sino a través del tamiz español, católico no obstante su regalismo. Como avatares de la Ilustración cabe considerar el iluminismo tardío de Rivadavia, en quien parecía haberse reencarnado el “Virrey de las luminarias”, y cuyas expresiones políticas fueron el Directorio y el Partido Unitario. Bajo “el hechizo de Rivadavia” —el término es de José María Rosas— vivió Buenos Aires no menos de 15 años, prueba acabada de su crónica desubicación histórica. Medio siglo después se produjo su primera metamorfosis, con el positivismo militarista y doctoral de la Generación del 80, a la que siguieron el ensayo de socialismo “pequeñoburgués” de la primera mitad del siglo XX y las propuestas tecnocráticas —despersonalización de la política y la economía— tímidamente adelantadas en la segunda mitad del mismo.

3) El Romanticismo, por su parte, tuvo su primera y abortiva manifestación nacionalista, de claro tinte antihispánico, en el cenáculo echeverriano, la que fue prontamente ahogada por la *restauración* de Rosas, en que se mezclaron ingredientes más tradicionales que románticos. Hay que decir, de paso, que en la personalidad de Mariano Moreno, tan influida por el protorromántico Rousseau y tan firme a la vez en su formación tradicional, se traslucen ya las primeras exteriorizaciones en Buenos Aires del nacionalismo inorgánico y tradicionalista que fuera de él encarnaría la progenie de Artigas, a quien le faltó haber nacido en “la gran Capital del Sud” para triunfar veinte años antes de Rosas. El *eón* romántico dio brotes diversos en diversas *élites* más intelectuales que políticas: la “restauración nacionalista” de Ricardo Rojas, la tradicionalista de los mencionados grupos nacionalistas, la prédica de FORJA por la soberanía económica, el liberalismo económico de individualidades aisladas (recuérdese que el liberalismo es el “darwinismo político”, con su supervivencia de los más aptos), el aludido socialismo criollo o *populismo* y hasta las reacciones medioevalistas —con retorno a la alianza de la Cruz y, a falta de Trono, la Espada— y las apelaciones a una precaria Tercera Posición, que en vez de superar la aberrante dialéctica Individualismo-Colectivismo, le agregó un tercer término, más concreto aunque no más viable: el Estado, la Nación, el Ejército o la estirpe indoeuropea (que no es precisamente una *raza*, porque los pueblos semíticos y los indoeuropeos pertenecen a la misma raza).

Preciso es insistir en la Revolución Francesa, porque ella intentó secularizar la síntesis tradicional, conglomerando hábilmente las tres líneas troncales de la Modernidad en su fórmula socio-política: “Libertad, Igualdad, Fraternidad”: en ella, efectivamente, confluyen el romanticismo liberal, democrático, nacionalista; la Ilustración racionalista, despótica, absolutista, universalista y legalista; y, finalmente, si no la Tradición misma, un simulacro del *Ordo Charitatis*, filantrópico, utópico e idílico —con retorno a un paraíso tal vez con hadas y animales parlantes, pero sin el terrible Dios que da preceptos, cuando nada le habría costado dejar vivir bajo el imperio del

"scienti et volenti non fit injuria", hoy dicho permisividad.

Pasamos por alto las genealogías de tipo sociológico, porque la serie Nobleza-(Absolutismo monárquico)-Burguesía-Proletariado da lugar a múltiples y controvertibles variantes cuando se la quiere conectar con los grandes y rápidos cambios históricos de los últimos dos siglos —prescindiendo de los "mitos", "pecados", falacias e indiscutibles progresos que acompañaron al orto y al despliegue de la Modernidad, hoy virtualmente caduca—. Podemos citar, entre esos cambios: la unión internacional del proletariado —hoy, trabajadores dependientes— bajo el pendón bastante desgarrado de la versión "científica" de la revolución social; la explosión nacionalista (que aún sigue, en escala a veces caricaturesca); el imperio estatizador y totalitario de la revolución —cada día más cerca de Lenin y Stalin y más lejos de Marx—; el democrático de la Ciencia y la Técnica, al margen de toda filosofía y sólo conjugado, si acaso, a la Religión por el artilugio de las "dos verdades"; la desacralización general de la existencia; el vivir punctiforme —sin pasado ni futuro— de la gente; y la uniformización progresiva de la sociedad occidental por la "cultura de masas", que sustituye —no asfixia, porque ya no existe— a la grandiosa fiesta de la creatividad europea que va del siglo XIII al XIX. Y este siglo desemboca en el XXI con nuevas realidades o formaciones históricas de diverso orden. Están entre ellas los medios audiovisuales de comunicación de masas, el ingreso multitudinario de la mujer a la vida pública, las magnas concentraciones de Capital, Organización y Tecnología llamadas empresas multi o transnacionales, el creciente predominio numérico de la clase media sobre la obrera —o sea, de la producción de servicios sobre la de bienes—, y, en fin, la nueva "clase biológica" juvenil, desmesuradamente expandida por la anticipación de la adolescencia, al tomar ésta los últimos años de la edad infantil a consecuencia de la invasión del "mundo del niño" por informaciones y experiencias reservadas antes al "mundo de los mayores", y también, en el otro extremo, por su prolongación a los primeros años de la antigua edad adulta, con lo que se ha generado una gruesa capa de inmadurez exigente que abarca unos 20 años y ejerce una constante *lisis*, sin ningún correla-

to *poyético* o creativo, en la esfera de las verdades y valores permanentes o que debieran serlo.

Caben dudas acerca de la pertinencia de incluir en esta nómina de hechos históricos sin precedentes o inauditos la des-moralización de la esfera sexual, incluyendo la desnudez corporal, vale decir, su desvinculación de la esfera ética. Es un hecho que parece relacionarse en modo concomitante con el citado acceso en masa de la mujer a la vida pública. Lo consideramos dudoso porque puede atribuirse, no a una *fatalidad* histórica, ni a un agotamiento de la conciencia social —lo que se llama *anomía*—, sino a una incuria o un despego político-cultural: la autoridad del Estado, sencillamente, no considera reproable o aciago el fenómeno. Si se tratara de un fatalidad, el mundo socialista y el civilizado de Asia la sufriría también; lo que no ocurre. Esto prueba que el fenómeno es gobernable y que, si bien la sociedad ginecocéntrica (dominada en cierto modo por la mujer) siempre busca la abolición o la mitigación del pudor —que es una virtud adquirida, no natural— y de las normas de la decencia y el decoro, no por eso se opone en último extremo, salvo que el hombre-sociedad y el hombre-persona renuncien a seguir gobernándose, a que las leyes contribuyan a mantener dentro de su jurisdicción la esfera de la sexualidad.

Definir en su totalidad los caracteres del siglo XX, con sus antecedentes en la historia y con sus posibles transformaciones y “transfiguraciones” en el Tercer Milenio, es tarea de la disciplina, *in nuce* aún, llamada Teoría o Crítica de la Epoca (la “ursprüngliche Geschichte”, o historia original, inmediata —lo que hoy ocurre que será historia mañana— de Hegel).

APROXIMACIONES A LA DEFINICION DE UN CARACTER ARGENTINO

Esta génesis entreverada podría estar entre las causas históricas

u originales de la inestabilidad, inseguridad y desazón de la personalidad argentina; cuando menos, de la letrada, pues el "pueblo" y el "hombre masa", aunque sufrientes de un déficit de personalidad individual, la poca que tienen la tienen más entera. Este aspecto fundamental del carácter argentino más resaltante lo percibió muy bien, y no se recató de exponerlo, José Ortega y Gasset en su ensayo, de 1929, *Intimidades. La pampa . . . Promesas*, que todo el aparato publicitario argentino se guarda muy bien de recordar, y aun más de reeditar. Y lo percibió a través del hombre ilustrado de Buenos Aires, el único que conoció.

Si bien su diagnóstico fue certero, podría objetarse empero la licitud de su generalización. Un carácter nacional se supone que debe ser observado y analizado, no sólo en los hombres de la clase ilustrada vivientes en el primer cuarto de siglo, sino a lo largo de toda la historia del país, a lo ancho de todas sus regiones y en todos los estratos sociales. En suma, debe traslucirse en todos los naturales de aquél, y no sólo en los más aparentes. El que conoce al argentino *antiguo*, urbano o campesino, especialmente el del interior, donde campo, suburbio y pequeña urbe estaban muy cerca unos de otros y bastante comunicados entre sí, no advertirá esas cualidades que se advierten en el argentino educado desde 1810; es decir, desde que se echó a vivir políticamente, como nación-Estado, y entró en la historia con nombre propio. Ese argentino *viejo*, criado en medio de una cultura oral, más sazónada que impregnada de catolicismo (lo prueba el hecho de la inexistencia de santos criollos), tenía un temple sosegado y vivía en un universo chico, libre de esos problemas insolubles que, sin embargo, deben asumirse y vivirse. Si algo lo turbaba, era más bien el Eros natural y desparramado, y después de 1810, la irrupción de "los demonios de la pampa"⁴ en los combates por la

⁴ Esta expresión, forjada no sabemos por quién, simboliza las formidables potencias de creación y destrucción que duermen en la pampa —la húmeda como la seca y la ondulada—; vale decir, en sus aguerridos y montaraces pastores ecuestres de ganado mayor (así sea para contrabandearlo, como parece haber sido la regla en la Banda Oriental antes de Artigas). No implica esto desmerecer al argentino urbano, que supo pelear con igual bravura contra los ingleses en el Buenos Aires antiguo.

patria y la opinión. Brasil, con su enorme imperio, su población de esclavos melánidos y sus “bandeirantes” y “mamelucos” —realidades humanas desconocidas en los reinos hispánicos—, no parece en el fondo distinto. Es la América criolla, pródiga, ilimitada, sin forma, cuya dulzura irresistible y desesperante indolencia pocos extranjeros inteligentes dejaron de percibir.

Pero el porteño ilustrado es parte también de la Argentina, y si Buenos Aires se propone ser de alguna manera distinta, pronto se impregnará de ésta todo cuanto tiene representación en el país. No por acaso fue la Revolución de Mayo obra de sus doctores y comandantes, enfervorizados por los vahos democráticos y nacionalistas de la Revolución Francesa y dinamizados —ensoberbecidos, decía el “ibérico león”— por el triunfo, increíble para ellos mismos, sobre el inglés.

Desde entonces, quedaron visibles dos características de la personalidad argentina —sin que ello implique sostener que son exclusivas de ella—: la primera, que se deja estar, hasta que se “le viene todo encima”, y sólo entonces reacciona, pero lo hace formidablemente y en modo incontrastable, llevándose todo por delante; y la segunda, que necesita al “hombre del destino”, que ha de conjurar a los “demonios de la pampa” y tomar sobre sí, él solo, la empresa de dejar las cosas arregladas “de una vez por todas”, para que los demás puedan volver a dejarse estar. Es una actitud infantil, propia del alma mágica, que espera la solución de todos los problemas por la vía más fácil y portentosa, o sea, menos necesitada del esfuerzo personal. De allí, nuestras democracias “populistas” o inorgánicas, que en EE.UU. y Europa resultan impensables. Cómo ese fondo de indolencia o dejadez que trasladó España, o una parte de ella, pudo expandirse aquí continentalmente, sólo puede explicarse por el fácil mantenimiento que hacían posible estas tierras feraces y desocupadas, o sólo habitadas por vacas y caballos.

Buenos Aires, en suma, hizo, deshizo, rehizo y contrahizo la patria, y por ese derecho *patricio* ha puesto su sello a la Argentina de hoy, y no hay pedazo urbanizado de ella que no reproduzca el plan de su nueva matriz. A nuestros provincianos sólo les queda de su

patrimonio secular la tonada y la cachaza, y hasta ese folklore que hizo cantar y soñar a Buenos Aires hace 30 y 40 años, después del tango, fue creado en ella misma. No se trató, por otra parte, de una adulteración: los autores eran provincianos, y las provincias habían empezado ya a perder aceleradamente su antigua cultura oral —el verdadero folklore—. A fines de este siglo, difícilmente quedará, salvo en los rincones más perdidos de aquéllas, un producto cultural que recuerde lo que fueron cuando Rivadavia se estrelló contra Quiroga e Ibarra y Ramírez ató sus caballos en la Pirámide de Mayo.

Bastante razón hay, pues, para ver al argentino representativo en el porteño ilustrado que radiografió Ortega y Gasset. Al fin y al cabo, no hay otro argentino a la vista: se entiende, argentino capaz de permitirse aspiraciones historiopoyéticas. El poblador ecuestre de la pampa húmeda, de la seca y de la mesopotamia, llámeselo gaucho o no, y sin olvidar la Banda Oriental, ya no existe en estado puro, y hasta en ninguno. Todo el campo está alambrado y cultivado: no se lo puede cruzar libremente.

Con todo, algunos rasgos del carácter que sin vacilación decimos argentino aparecen en él. Claro que no se trata justamente de Martín Fierro, que es un gaucho idealizado por un hombre de acción porteño nacido con la misión y el don de inmortalizarlo. Hablamos así porque lo demás que escribió en verso José Hernández —y es poquísimo— no vale nada; y lo que sobre el gaucho versificaron otros no sale de la trivialidad o el melodrama. Igualmente *monumentalizado* —un término de Battistessa— está Don Segundo Sombra, el del libro de Ricardo Güiraldes, y también ese libro es lo único que va a quedar de la obra literaria de su autor.

Como se ve, todo parece conjugarse para ver en el gaucho, el paisano ecuestre de la pampa y el monte —¿y qué paisano pudo menos allí de ser ecuestre?—, la cifra del carácter *natural* del argentino *viejo*, que por supuesto late, con sus más y sus menos, en las dos variedades del argentino *nuevo*: el letrado y el masificado. Sin duda, él y el “doctor” de Buenos Aires han sido los elementos dinámicos más visibles de la historia argentina. No los únicos, sin embargo, pues hay que agregar esa “Argentina minoritaria, excéntrica, inte-

grada por solitarios, disconformes, precursores y visionarios” que señala Víctor Massuh⁵, y cuya lista, quizás incompleta, dimos en un artículo sobre Raúl Scalabrini Ortiz publicado en Clarín⁶: “Moreno, Artigas, Rosas, Echeverría, Alberdi, el mismo Sarmiento, Yrigoyen, Macedonio Fernández, Lugones, Borges, Perón, y faltan varios: primero en el tiempo, el doctor Francia; en la historia, San Martín”. Por nuestra cuenta, sumamos a las personalidades que tenía en la mente Massuh aquellas “carismáticas, hieráticas, demoníacas y cargadas de sino que actuaron en el plano de la acción política”. ¿Nos olvidamos, entre algunos otros, de José Hernández, por el carácter único y milagroso de su poema así como por su dimensión *etnopoética* o *etnolítica* (constructora o destructora, respectivamente, de la nacionalidad? Puede ser, pues ¿qué canta *Martín Fierro* si no la destrucción irremediable de la Argentina *vieja* y el advenimiento de un nuevo tipo nacional, en el que Fierro se mezcla con Vizcacha, Gardel y los arquetipos de la Argentina aluvial pintados por Discépolo?

En definitiva, tres son las vías para asomarse con ánimo de observador objetivo a la rica y desconcertante realidad que constituyen el modo de ser y la historia del país argentino y su gente:

- el *antropológico* clasificador, o tipológico, que ve al hombre en sus variedades tradicionales, cuya base es cultural y, quizás también, racial;
- el *ideológico*, que lo ve, colectivamente, no como cruda nación, sino como proyecto —se entiende que político y educacional— de una minoría urbana central para transformarla, conforme a su ley propia o a pesar de ella; y
- el *histórico* total —abarcador del pasado y el presente—, que trata de seguir en sus líneas —rectas o circulares— de sentido el desarrollo de esa conjunción de tradición y proyecto

⁵ *Criterio*, 1974, N° 1702.

⁶ *Cultura y Nación*, 31 de mayo de 1979.

transformador, tanto en sí mismo como en el campo de fuerzas de la historia mundial.

Qué será de la Argentina, y de otras muchas naciones, en el Tercer Milenio, y en qué medida la afectarán las pautas invasoras de la Nueva Edad que está sustituyendo ya a la Moderna, son problemas de ese indispensable quehacer agorero de aspecto científico llamado Futurología. Pero lo que más importa es adónde llevará la división más que secular del país en sus mitades: la que llamaremos *federal*, convencionalmente, compuesta por la multitud del país *viejo* y la masa del *nuevo*, con sus caudillos y caudillos-estadistas; y la que llamaremos *unitaria*, en que están los poco originales pero sí innovadores “doctores” de Buenos Aires, con los empresarios, los intelectuales, los propietarios y los militares. Los primeros tienen el poder numérico —¿un 75 %?—, pero los segundos lo equilibran con el poder del prestigio, la fuerza y la riqueza. La minoría romántica, por su insignificancia política, que no llega a compensar su riqueza histórica, permanece siempre excéntrica, aunque trate de alzar, ocasionalmente, una u otra de las dos banderas.

En cerca de 180 años de organización constitucional, sólo ha habido quizás aquí catorce años de Gobierno Legítimo con Estado de Derecho: de 1916 a 1930. Fue, sin duda, una gran satisfacción moral para la República, pero al precio de dejarla ideológica y materialmente donde estaba. Ni se volvió atrás ni se fue adelante. Si todos los argentinos podían participar desde entonces en las grandes decisiones, en materia de grandes decisiones, parecía no haber ninguna. Y ni siquiera la mentalidad “federal” pudo tomar conciencia de sí misma, salvo en la música y las letras. El “alma nacional” tuvo, así, sus exteriorizaciones, pero el “pensamiento nacional” siguió vagando patéticamente por sendas perdidas.

LOS PROYECTOS NACIONALES Y EDUCACIONALES PROPUESTOS AL PAIS EN CUATRO SIGLOS

Hemos enunciado ya someramente lo que distingue al país de

la nación. Aquél no decide cómo quiere ser: es, simplemente, y hasta se complace en ser como han sido sus antecesores. Nación, en cambio, es el país que quiere ser algo postulado en un programa nacionalista o una constitución de igual signo, sin que ese *algo* tenga que ver forzosamente con su tradición, su "ley original de crecimiento" o su destino, velado o manifiesto. El país es una realidad bio-histórica, socio-cultural, que puede llamarse *natural* en el sentido de espontánea y autorreproductora; la nación, una realidad volitiva, programática, jurídica, que puede coincidir y ser una con el país, o bien, sofocar a éste, contrariarlo e inclusive sujetarlo a un plan con visos genocidas, claro que más en el plano político y cultural que en el biológico.

Hay, pues, dos tipos de nacionalismo, el que, como todo *ismo*, posee una contextura abstractiva y alude a una carencia natural: si se es nación, sobra el nacionalismo. Unos son *nativistas*, originales, fieles al modo de ser del país, por más que a veces lo coaccionen para que sea plena y gloriosamente lo que debe ser en el curso de la historia, abandonando su larga y plácida siesta meramente étnica. Los otros, en cambio, no sólo lo coaccionan, sino que le pasan por encima, lo pisotean, para que entre en nuevos moldes *universales* o *epocales*, que sólo puede atisbar lejanamente; la pena, si se resiste más de lo previsible, es ser dejado al margen del proyecto nacional y de los tiempos.

El primero es un nacionalismo pleno, entero, vital, tumultuoso, expansivo, hasta incivil, chabacano e irritativo, inclusive opresor cuando asume la tarea de castigar a los "pecadores patricidas", y propenso a sobreestimar al Hombre en su versión más desdichada, el pobre, secularizando el anuncio escatológico, y no *mundanal*, de que los últimos serán los primeros. El segundo, un nacionalismo formal, de *élites* más inteligentes que *originales* y que cuidan más el decoro que la legitimidad de su representación; la multitud de los hombres les importa menos que la organización, el aparato legal y las cosas bien hechas. Presentes ambas en un país, no son dos faces ni dos fases de la misma personalidad nacional. Son dos personalidades, articuladas penosamente en una relación esquizoide.

Los historiadores y pensadores disconformistas de la Argentina hablan, refiriéndose a ellas, de dos visiones o concepciones: la del “país grande” y la del “país chico”, respectivamente. Hemos dicho arriba que la Argentina está formada de mitades que no logran o no quieren llegar a un entendimiento, aun menos a una síntesis; también hemos dado a entender que su historia transcurre en una gran diástole y una gran sístole que no funcionan de acuerdo y, al mezclar sin concierto las dos sangres, dificultan el crecimiento de la nación, la cual, después de todo, parece poder marchar sola, gracias a su inagotable riqueza natural. Más de uno podría pensar, sin embargo, que, si se reunieran ambas oportunamente y en la justa proporción operativa, sería posible llegar un día a echar las bases de una nación, no grande, ni tampoco chica: una nación genuina, simplemente, y en su “tamaño natural”, como solía decir el insigne poeta autor de *Adán Buenosayres*.

En la historia de la Argentina, los “proyectos de país” —si es que puede haberlos— corresponden obviamente al período de pertenencia al Imperio Español y al de su restauración —política aparte—. Claro que eran proyectos más implícitos que explícitos, y el país fue haciéndose poco menos que solo. Hasta la fundación del Virreinato, el interior del país del Plata vivió primordialmente de la venta de acémilas y productos artesanales bastos a los centros mineros del Alto Perú; y Buenos Aires, la futura madre de la nación argentina, de la Aduana y, por consiguiente, del contrabando. A ella afluía la plata del Alto Perú y por ella entraba en dirección al mismo los efectos valiosos que no producían las comarcas interiores. Buenos Aires no producía nada que no fuera vacas y caballos, o sea, proteínas y elementos para el transporte (las mulas iban por miles y miles al Alto Perú). Todo lo que llevaba puesto como atuendo su romántico poblador arquetípico, el gaucho, era comprado, y más a Inglaterra que al interior o a España. Si a pesar de eso logró plasmar un tipo humano de rasgos tan originales y susceptibles de ser enaltecidos superlativamente, hasta trasponer los lindes que separan la realidad histórica de la ficción estimulante o comercializable, quiere decir que había en el país y su gente, como en todo lo

que tiene que ver con los “demonios de la pampa”, un grandioso proyecto *in nuce*, una capacidad para echar brotes formidables, aunque una incapacidad también para organizar con tesón y lucidez su propio crecimiento.

Ese proyecto “colonial” —un término absolutamente impropio— parecía ser, simplemente, *vegetar*; o bien, desde el punto de vista de Buenos Aires-ciudad, enriquecerse oficiando de intermediador portuario entre España y el interior y entre el Alto Perú, incluso Perú, y España. En realidad, y seguramente conforme al pensamiento de la monarquía de los Austria, el proyecto era “dejar crecer” a la vez que “ensanchar el reino de Dios”; proyecto que la monarquía de los Borbones, debilitada ciertamente por la decadencia del reino, careció de medios, y aun de visión trascendental, para cosolidarlo en sus dos haces, sobreponiéndose a las exigencias de cada momento político y de la ideología iluminista. La creación del Virreinato del Río de la Plata formalizó correctamente el desplazamiento hacia el Atlántico del acceso al Alto Perú y el reconocimiento de la función hegemónica o matriz de la que iba a ser la Gran Capital del Sud. Esa fatalidad de la primacía de Buenos Aires, modesta ciudad de comerciantes y contrabandistas, sin pasado grande ni linajes de cuenta, explica a la vez su incremento deslumbrador y la displasia de la nación por él constituida.

¿Cuál fue el proyecto de Mayo? Primero, la autodeterminación respecto de España y sus voraces monopolistas, aun al precio de mantener el vínculo con el monarca, o con cualquier monarca de la tierra capaz de asegurar la autonomía del joven reino y la prosperidad de sus negocios. Luego, la independencia total bajo el sistema republicano. Después de Julio y Ayacucho se planteó el segundo problema: ¿qué hacer con el país nacionalizado? Aquí, junto a los proyectos políticos, aparecen los educacionales y de cultura.

El primer proyecto constitucional u organizador, una vez cumplido el emancipador, fue el iluminista o ilustrado del cenáculo rivadaviano. Se lo aplicó a los 15 años de hecha la revolución y a los 45 de haber caducado en Europa. Vale decir, era completamente ana-

crónico, en ese momento histórico al menos, y en la Argentina aún convulsa, completamente irreal. Sin embargo, su racionalismo y su enciclopedismo, así como el principio del “gobierno de los mejores” y del “todo para el pueblo, nada por el pueblo”, tuvieron su acabada concreción 50 años después; y aunque el “gobierno de los mejores” sufre periódicos eclipses, por los periódicos empujes de la “democracia populista”, la escuela de la Ilustración no sólo sigue vigente, sino que es la “escuela nacional”, incluso la “del pueblo”, frente a la “escuela privada” o del “privilegio”. ¡Una curiosa transposición de factores, si no quiere hablarse sin miramientos de una tramposidad tácitamente aceptada y hábilmente institucionalizada!

La Restauración no fue más que eso: la liquidación de las Lu-
cas y el retorno oficial a la tradición sacro-mundanal del Medioevo, el Barroco, la Ilustración misma —cuyos modos tiñen aún a Buenos Aires— y hasta el Romanticismo. Por otra parte, las conquistas de la Revolución fueron mantenidas, en gracia a la fracción morenista de los próceres de Mayo. Pasada la fiebre del carlotismo y de las “tumbas del Inca” que “se levantan”, todos eran unánimes en sostener la república. El proyecto restaurador no sólo aventó los restos del iluminista sino que también chocó con el nacionalismo nativista del cenáculo echeverriano, del que participaban todos los intelectuales jóvenes de la época, desde Alberdi y Gutiérrez hasta Sarmiento y Vicente Fidel López.

El proyecto de la Joven Generación Argentina —denominada Asociación de Mayo varios años después— tenía una gran consistencia y lucidez, al menos en la formulación primera de Alberdi. No importa que traspusiera al Plata las ideas de Herder y otros pensadores alemanes parafraseadas por Lerminier. Eran las tesis románticas del nacionalismo naciente tras la Revolución Francesa, y en su aspecto cultural cabían con justeza en la realidad argentina. Una nación que ingresaba en la historia con grandes aspiraciones debía tener también sus grandes realizaciones en que se objetivara su alma, su modo de ser, vale decir, su propia cultura —artes y letras— y hasta su propia filosofía. Lamentablemente, varios defectos no

podían menos que invalidarlo: los alimentaba un inocultable odio a lo español (un odio metódicamente saludable, pues rompía el cordón umbilical de la Argentina infantil, pero psicológicamente absurdo, pues el modo de ser argentino era más español que cualquier otra cosa); traslucíase en él la indiferencia religiosa, cuando poco antes un sostén del gobierno establecido había levantado el pendón "Religión o Muerte" (es decir, antes la muerte que la irreli- gión); se ponía por encima de unitarios y federales, que eran las mi- tades del país, y entonces ¿a qué país pertenecía el cenáculo?; y, fi- nalmente, cuajó y se formuló a destiempo y en circunstancias ino- portunas, pues la nación estaba a punto de verse envuelta en una guerra que tenía que ver con su soberanía cuestionada, mientras que, por otra parte, la inteligencia unitaria, que era la mitad de la disponible, no miraba con buenos ojos a estos jóvenes nacionalistas, que en verdad les eran enemigos, como claramente no se cansó de afirmarlo el mismo Echeverría.

El proyecto político de Urquiza, el de la Constitución de 1853, fue, políticamente, bastante sabio: trató de conciliar el *poder* federal con el *institucionalismo* unitario. Pero desagradó a Buenos Aires, al todo Buenos Aires, que no quería ser una provincia más, sino el Estado rector, la cabeza de la nación. Treinta años después, Roca se encargó de liquidar las pretensiones de ambas mitades, y su círculo de seguidores, "a la sombra de las espadas", estableció (de allí, nuestro *establishment*, aunque basado en la fuerza y no en un acuerdo) su proyecto político y educacional, consistente en multiplicar la población y la producción agropecuaria; relegar a la Iglesia al fuero de las almas; comunicar a los "13 ranchos" (las pro- vincias del interior) y Buenos Aires con una red ferroviaria; mezclar en el cuartel a la población de las provincias, inclusive los nuevos argentinos de la inmigración, y disciplinarla en nombre de una leal- tad nacional y no personal ni regional; modelar parejamente la men- talidad de todos mediante la escuela común, sustituyendo las reali- dades que dividían por símbolos y abstracciones que en parte unían y en parte uniformizaban superficialmente; en fin, instalar en Bue-

nos Aires y otras ciudades capitales los servicios públicos necesarios para colocarlas a la altura de las principales de Europa y los EE.UU. En suma, modernizar y nacionalizar de una vez el país-región, eliminando del pasado todo lo que se dejaba eliminar e importando en todo el modelo europeo, salvo en los procedimientos electorales, en los que siguió imperando la corrupción antigua.

Por otra parte, la hegemonía de Roca y sus secuaces de la precaria simbiosis autonomista-nacional significó el apoderamiento de Buenos Aires-ciudad por la nueva conjunción de las provincias, cosa que no pudieron lograr Saavedra y el Deán Funes en Mayo, Ramírez diez años después y Urquiza en la década del 50. Tal derrocamiento de Buenos Aires, empero, iba a contrapelo de la gravitación natural de los hechos, o sea, del país mismo. Buenos Aires, la ciudad y la provincia, siguieron creciendo sin cesar. En 1916 había ya otro hombre de Buenos Aires al frente del gobierno nacional, y entronizado por el país entero más que por Buenos Aires-ciudad, en cuya población supo haber más de un 50 % de extranjeros por entonces. Y poco después de caer ese hombre, empezó aquélla, con sus alrededores —que no son ni Buenos Aires-provincia ni Buenos Aires-ciudad—, a llenarse de provincianos proletarizados, con cuyo concurso otro hombre de Buenos Aires, 15 años más tarde, había de entronizar de nuevo el sistema democrático, o socialista, populista en una nación ya definitivamente soldada, homogeneizada, con una tasa mínima de población europea y un nuevo aporte exterior pero no alógeno —paraguayos, bolivianos—, que no tardó en digerir, como había digerido a la inmigración europea, casi en una generación. Se le imputa a Roca haber descaracterizado al país al nacionalizarlo formalmente y modernizarlo exteriormente. Es más probable que se descaracterizara, nacionalizara, modernizara y aporteñara solo. Estaba ese proceso en la dinámica natural del país mismo. Todo llevaba en él a Buenos Aires, y todo en Buenos Aires a Europa. O a la “humanidad”. La frase en que está ingerido este vocablo parece hueca —como casi todas las frases de los discursos y documentos oficiales—, pero tiene su miga. Sudamérica, y la Argentina en particular,

constituyen efectivamente la gran reserva territorial y alimenticia de la humanidad. . . europea y la europeizada.

El proyecto nacionalista cultural de Echeverría y Alberdi lo sacó del cajón de la Historia, hacia 1910, Ricardo Rojas. Su americanismo *despistado* tuvo mejor éxito en la pequeña *élite* disconformista que el hispanismo denodado pero inoportuno de Manuel Gálvez, que olía más a dudosos pergaminos que a una conciencia operante de estirpe. Pero se diluyó prestamente entre risas irónicas. Diez años después, la Reforma Universitaria presentó un programa —decirle proyecto sería abusar de los términos— en que el populismo *espiritualista* y ético de Yrigoyen se entreveraba con un socialismo más teñido de revolución que el puritano, didáctico, “pequeño-burgués” y de clase media intelectual traído de Europa por Juan B. Justo. De la Reforma Universitaria salió el “facundismo” a que se aludirá más adelante. Y, producido el golpe de Estado de 1930, así como la Revolución Soviética había fecundado el programa reformista-universitario, fecundó el Fascismo una copiosa proliferación de pequeños grupos de acción, opinión y hasta presión en que se mezclaban un revisionismo histórico virulento, un tradicionalismo arcaísta hispano-católico-criollista y un resurgimiento declarado de la concepción del “país grande”, que en el populismo de Yrigoyen se mantenía implícita. Paralelamente a estos grupos “nacionalistas”, obró también como levadura, sin tradicionalismo, pero con toda su pasión volcada en una prédica de “liberación económica”, el grupo FORJA.

Los movimientos populistas miraron con recelo —igual que Rosas, por otra parte— estas formulaciones tan explícitas y programáticas, que herían la inclinación del país a los sobrentendidos, las indecisiones y las generalizaciones en que los más pueden comulgar sin mayor trabajo ni examen. Y se vio que tenían razón, pues en ningún momento, desde Echeverría, dejaron de constituir estos nacionalismos patrimonio de minorías muy pocos populares, por no decir impopulares. Lo cierto, sin embargo, es que de 1910 a 1940, más o menos, dio el espíritu creador de intención naciona-

lista a la Argentina su mejor época en las letras, la música y las artes plásticas.

Ricardo Rojas tuvo el mérito de impugnar el ideario descaracterizador de Sarmiento y Alberdi —no el primer Alberdi nacionalista, sino el segundo europeísta— antes que ningún otro crítico de la nueva realidad nacional producida por la generación del 80. Pero su proyecto educacional, expuesto en *La restauración nacionalista*, insiste en seguir la falsa vía del cenáculo echeverriano. Lo hispánico es mirado con recelo y lo católico, hasta impugnado explícitamente. Como algunos próceres del Congreso de Julio, que querían coronar aquí un rey inca, para terminar del todo con España (y en eso anduvo hasta el benemérito Belgrano), Rojas prefirió buscar la fuente nutricia de la nueva cultura y la crecida personalidad de la nacionalidad en modelos prehispánicos de civilizaciones extinguidas —la incaica— que poco y nada tuvieron que ver con las tierras del Plata; y en lugar del folklore criollo, por supuesto de raíz hispánica, trató de realzar como máximo paradigma un poema que es expresión, no de lo criollo, propiamente, sino del criollismo porteño: *Martín Fierro*. Claro que un programa así no podía sostenerse. Más consistencia, aunque menos claridad, tuvo, en la década del 20, el proyecto pedagógico del pensador cordobés Saúl Taborda, basado oracularmente en una vivencia de lo “facúndico” (por Facundo Quiroga), que años después Raúl Scalabrini Ortiz, en *El hombre que está solo y espera*, denominó “espíritu de la tierra”. Se trata, patentemente, de un nuevo brote del romanticismo americano, que busca la originalidad matriz del Nuevo Mundo en cualquier parte, menos en el carácter humano y la tradición cultural que plantó definitivamente en estas tierras en que erigió no menos de cuatro reinos la España católica, señorial y picaresca durante tres siglos, y que no es posible retorcer en demasía y mucho menos desarraigar. Un proyecto educacional con base en el “espíritu de la tierra” —ya tenido en cuenta por la España civilizadora y evangelizadora— viene a resultar tan irreal como el de Echeverría y Alberdi, máxime apoyándose en una sobrestimación de la legitimidad cultural y política de las provincias

y una paralela desestimación de Buenos Aires. Ningún proyecto nacional que aspire a reencauzar a la Argentina en su autenticidad creativa, en su genuina ley de crecimiento, puede prosperar sin la ingerencia principal y apasionada de Buenos Aires.

En suma, tres son los proyectos educacionales de existencia tácita o declarados que se ofrecieron para la plena realización del hombre argentino y, a través de él, de su nación, por lo que se correlacionan con otros tantos proyectos políticos. El primero es el tradicional del *dejar crecer* —dentro de un molde católico sumamente elástico, hay que aclararlo—. Supone que el carácter de la nacionalidad estaba germinalmente en el país de la pampa y el monte, la vaca y el caballo, y que no son precisas innovaciones en sus fundamentos, ni tampoco presiones aceleradoras, porque solo ha de crecer. El segundo, el echeverriano, con sus avatares arqueoamericanistas y *facúndicos*, en el que los “demonios de la pampa” y los del monte y las sierras tienen más parte que el Orden, y una promesa de Autenticidad se paga al precio de la Inteligencia sin empleo; recela de las raíces católicas —*sachacatólicas* (católicas del monte) diría un santiagueño mordaz— e hispánicas que alimentan al país, si no es que las odia, y lucha contra su propia cabeza: Buenos Aires. Es un proyecto que, solo, no puede andar. El tercero es el proyecto iluminista, actualizado por el positivismo bajo el rótulo de modernización, alfabetización y nacionalización formal —sin sustancia nacional— por la generación del 80. Este y el primero son los únicos que han podido sostenerse: éste último en la infraestructura vital del país; aquél, en la superestructura escolástica e institucional; y el proyecto ilustrado-positivista pasó intangible por la prueba doble —de 1916 a 1930, y de 1945 a 1955— de la democracia populista, que, se piensa, habría debido modificarlo de raíz en sentido facúndico o tradicional. Da la impresión el populismo de que en ningún momento creyó viable —si es que le interesó— autenticar la armazón institucional y educativa de la nación con el soplo vivificador del “espíritu de la tierra”, sino que sólo pensaba en ensancharlo, para meter en él a la progenie multitudinaria del país, dejada por la nación —como mero público o barra— en las márgenes de su recinto.

LO QUE DICEN LA DOCUMENTACION HISTORIOGRAFICA Y LA OBSERVACION TIPOLOGICA

No puede saberse si será o no útil compilar una tabla de virtudes y defectos del carácter argentino; una tabla que sea obra de una autocrítica total e inteligente, vale decir, no paralizante, sino educadora, capaz de sugerir las potencialidades positivas, que han de cultivarse, y las negativas, que han de “derivarse a tierra”. Parece obvio que un proyecto educacional deba comenzar por allí. Pero la regla, aquí, desde hace un siglo, es que se fije primero el modelo de hombre que se quiere, y luego, el método para acomodar a él la realidad humana existente. Cómo es esta realidad y hasta qué punto acepta tal acomodo, es lo que menos ha interesado. De todas maneras, hay que insistir en esa labor propedéutica, para no establecer un falso o ineficiente sistema educativo y obtener un tipo falso de hombre y de país, expuestos a vivir en dos planos desconectados: el real y el ideal.

Esto es lo que distinguió muy bien Ortega y Gasset, y sólo hay que hacer notar que la ambivalencia no viene desde Sarmiento, sino desde mucho antes, tal vez desde Mayo, lo que supone que estaba latente en la era virreinal. Siempre Buenos Aires creyó, y quiso, ser más de lo que era o podía ser. ¡Y eso que, cuando “se puso”, rayó a gran altura! El mismo Sarmiento se lo echa en cara a los autocríticos del país viejo y sensato en un párrafo genial de *Facundo*: “Rivadavia viene de Europa, se trae a la Europa; más todavía, desprecia a la Europa; Buenos Aires (y por supuesto, decían, la República Argentina) realizará lo que la Francia republicana no ha podido, lo que la aristocracia inglesa no quiere, lo que la Europa despotizada echa de menos. Esta no era una ilusión de Rivadavia; era el pensamiento general de la *ciudad*, era su espíritu, su tendencia.” “¿Y qué otra cosa había de suceder en un pueblo que sólo en catorce años había escarmentado a la Inglaterra, correteado la mitad del Continente, equipado diez ejércitos, dado cien batallas campales, vencido en todas partes, mezclándose en todos los acontecimientos, violado todas las tradiciones, ensayado todas las teorías, aventurándolo todo y sa-

lido bien en todo; que vivía, se enriquecía, se civilizaba?" "¿De qué culpan, pues, a Rivadavia y a Buenos Aires? ¿De no tener más saber que los sabios europeos que los extraviaban? ¿Un pueblo nuevo, improvisado, que desde la cuna se oye saludar pueblo grande?" Tal vez sean las verdades del jactancioso, pero, hinchadas o no, son al fin verdades. Y en cuanto al tema de la ambivalencia, el hombre que las escribió hizo de su vida, justamente, una serie interminable de ambivalencias, que no hay por qué reseñar aquí.

Ortega y Gasset no va a las causas; se limita a describir los efectos. A los argentinos, dice, aunque "constituyen un pueblo con vocación imperial", "aún les falta mucho para dar por fabricado un pueblo adulto y echarlo a andar por la historia". "El europeo se extraña de que el gesto argentino —sigo refiriéndome al varón— carezca de fluidez y le sobre empaque." Hay un "ardiente lirismo vital", pero "ocupa la mayor parte de su vida en impedirle a sí mismo vivir con autenticidad". El argentino "no se entrega a nada"; por eso parece "al europeo superlativamente frívolo". Parece "egoísta", pero "es otra cosa". Ni su persona es lo que más le interesa. "Lo que le preocupa es . . . la idea que él tiene de su persona." "El argentino típico no tiene más vocación que la de ser ya lo que él imagina ser. Vive, pues, entregado, pero no a una realidad, sino a una imagen." "Se está mirando siempre reflejado en su propia imaginación. Es sobremanera Narciso." "Los casos de vanidad más cómicos que he conocido los he encontrado en la Argentina."

"Es el pueblo con más vigorosos resortes históricos que existen hoy", confiesa, pero agrega: "le falta una minoría enérgica que suscite una nueva moral en la sociedad, llame al argentino a sí mismo, a su efectiva intimidad y sinceridad, temple con vigor su narcisismo, se muestra intratable para cuanto es mera *postura* o *papel*, y lo fuerce a vivir verdaderamente, a manar, a brotar de su riqueza interior, en vez de mantenerse en perpetua deserción de sí mismo." De allí, aquello de "hombre a la defensiva", por "la inseguridad que siente respecto de sí mismo".

Unos pocos textos más, finalmente, de siglos anteriores, menos el último. Ya en 1617, Hernandarias —el gran criollo que debió via-

jar a España engrillado cerca del fin de su vida por oponerse al contrabando que ejercían expectables vecinos de Buenos Aires— mandó quemar una partida de yerbamate, porque “fomentaba la holganza”. Fue así nuestro primer utopista, y por demás errado en esto, pues, no es la yerbamate la que fomenta la holganza, sino, al contrario, la holganza la que fomenta el consumo de aquélla.

Félix de Azara, siglo y medio después, descubre otro encarnizado vicio argentino: el derroche, aludiendo a los montones de hueso y de carne podrida alrededor de los ranchos: “desperdician cuadruplicado lo que aprovechan”. Y el Padre Cattaneo, en el mismo siglo XVIII, anota otro: la ostentación o rumbosidad. El español de la Colonia, dice en una de sus conocidas *Cartas*, “apenas llegado a las Indias, aun viviendo en gran pobreza y necesitado de sustento, quiere hacer la vida de un gran señor”.

Darwin, en tiempos de Rosas, lo ve al gaucho, y a los pobladores del Plata, en general, más positivamente, a diferencia de los chilenos. Habla del “sentimiento de generosa hospitalidad”, de las “maneras corteses y señoriales”, del “gusto excelente desplegado por las mujeres en el vestir” y de la “igualdad de trato en todas las clases”. Esto último, por supuesto, cosa propia de un país donde todos pueden andar a caballo —hasta los mendigos, como se admiraba de ver un inglés— y donde nunca hubo instituciones de tipo esclavista o feudal, salvo en el interior, hacia el norte, donde quedaron resabios de las encomiendas. Pero “la abundancia de caballos y la profusión de alimentos hacen imposible la virtud de la laboriosidad”, concluye el gran naturalista.

Finalmente, Juan Agustín García, que a fines del siglo XIX trata formalmente de caracterizar al hombre argentino a través del hombre de Buenos Aires-ciudad, señala estos rasgos definidores de su personalidad: “presentimiento de su futura grandeza” o “conciencia hecha de sus brillantes destinos”; “desprecio de la ley”; “pundonor criollo, o culto nacional del coraje”; y “preocupación exclusiva de la fortuna”.

No entramos en el espulgo de los libros del siglo XX, porque generalmente las observaciones aparecen teñidas de pasión. En algu-

nos, el vituperio de Buenos Aires y de su falsa impostación existencial —la que señala Ortega y Gasset— llega a extremos cansadores. Trataremos seguidamente de señalar los rasgos negativos más conspicuos, como contribución a la aludida Tabla de Valores, seguros de que huelga consignar los positivos, pues el argentino más afín al modelo porteño los conoce de sobra, y hasta con alguna exageración, como apuntaría el filósofo español.

De la indolencia, o dejar correr los problemas, algo se ha dicho; y no es lo mismo que el amor al ocio, con su correspondiente menosprecio de la “banausía” helénica —la ocupación útil— que tiñe casi todo el mundo mediterráneo antiguo. El cristianismo ha sido, en tal respecto, una saludable corrección del *ethos* pagano. Integra este complejo de inclinaciones y actitudes la ambición de vivir señorialmente, servido a todas horas, en el alto nivel, mientras que en el bajo corre paralelamente la plácida holganza, sólo interrumpido por ocasionales trabajos gozosos —la *minga*, por excelencia— o el combate a caballo.

El sueño de hacer fortuna mágicamente —ya mismo y sin el menor esfuerzo— ha sido también mencionado. Pero, si bien se admira la fortuna si es grande, se entiende que la de tamaño común ha de servir para gastarla, y rumbosamente. Hasta los pobres sienten aquí el horror a la “sobra”, a la comida que queda en el plato por una razón u otra. Y el ser tildado de tacaño, como de sucio, constituyen causas suficientes para aislarse. El miedo a oler mal determina más neurosis que las represiones freudianas y las frustraciones adlerianas. Desde luego, en la insegura población urbana.

Hay también en nuestro carácter inconsistencia⁷, pusilanimidad, frivolidad, culto del primor insustancial, como lo demuestra la

⁷ Un crítico tan ponderado de la historia americana como Máximo Etchecopar insiste sobre esto, y nada menos que juzgando a San Martín, a quien —dice— “durante toda su actuación en el Perú le va menoscabando —menoscaba su acción y su íntimo fuero— algo que no queda otro remedio que nominar la insustancialidad y la ligereza criollas . . . (una como grave deficiencia de *sindéresis*), hasta concluir por descorazonarlo y decepcionarlo definitivamente”. (*El fin del Nuevo Mundo*, Bs. As., 1979, pág. 168.)

primacía que otorga nuestra inteligencia de nivel medio, que es la oficial, a los muñecos verlenianos de Soldi y al seductor estilo en el que se arregla magistralmente Borges para no decir nada que merezca recordarse. España, con su gongorismo, sus poetas de la corte de don Juan II y el delicioso puntillismo literario de Azorín, no puede negar en esto el rastro de su herencia.

De la condición indisciplinada, díscola y arrogante de nuestros guerreros, que tan a mal traer tuvieron a Belgrano, a San Martín y a Paz, sólo cabe decir que es al fin perdonable por su formidable arrojo en la pelea. Fueron casi todos héroes, pero, como diría la Condesa de Pardo Bazán, “nada más que héroes”.

No queríamos hablar de la venalidad, pero es insoslayable; impregna a tal punto el tejido social argentino, que hasta Borges no tuvo a mal denunciarla públicamente. Walter Schubart alaba la dádiva o “coima” en los españoles y los rusos, porque dice que es un signo de humildad, al acceder a rebajarse; con todo, resulta por demás difícil conciliar ese paradójico rasgo de virtud con el “pundonor criollo” que se asigna como patrimonio a la progenie del gaucho.

La blandura, la molicie del carácter, es una disposición más simpática: todo se perdona, comprende y acaricia en gracia de lo que expresa esta sola palabra, a todas horas oída: “¡Pobrecito!”. El achicar todo —“ahorita”, “aquicito”, etc.— vendrá o no de España; pero aquí, y en toda esta América, tiene su patria electiva. Por eso, el P. Castellani dijo de nuestra religión que era un “catolicismo *mis-tongo*”. Algo parecido, pero con menor gracia, había dicho cincuenta años antes Alejandro Korn. Podríamos precisar que la religión como la irreligión son aquí posiciones de minorías. La religiosidad difusa y confusa representa la posición de la mayoría.

Dice José Luis de Imaz, en su libro citado, que Ortega y Gasset, señalando en el argentino el terrible pecado de la envidia, advertía —eso en 1939—: “No es fácil hacer grandes naciones con pueblos envidiosos como los nuestros” (pág. 254). Pero recuerda también Imaz que el mismo pecado había sido ya señalado en España, en Chile y en Uruguay, así como antes en la Argentina (por “Rivarola y Joaquín V. González”). En las últimas páginas de ese libro revé-

lanse otras flaquezas del carácter nacional.

Seguramente, la inseguridad o desazón de la personalidad argentina, en especial la de clase media —que, obviamente, es, de las clases, la más insegura— explica en gran parte el consumo irracional de medicamentos, particularmente entre las mujeres. Puede contribuir también a eso la índole *melancólica* de esta América, rasgo que también observó Ludwig Pfandl en la España barroca. Más que inseguridad, dirán muchos otros, derechamente, una mal disimulada y permanente insatisfacción, sentimiento de frustración o destemple existencial: nadie se siente en su lugar; es decir, en el lugar que entiende ser el suyo. El peón quiere ser ingeniero o patrón; éstos, potentados; el potentado, aristócrata; y el aristócrata, príncipe o marqués al menos. Una tradición argentina —originaria de España, sin duda— es el comer abundantemente y el correlativo llenar los platos. Se diagnostica: “angurria de la frustración”. En todo caso, una frustración unida a un trauma adleriano.

El tema de la frustración no se agota en la esfera individual. El país entero vive como si se sintiera frustrado. Sarmiento, en los pasajes transcritos arriba de *Facundo*, pone las bases de su explicación. ¿No nació para la grandeza? ¿Y ha llegado a ella? Pero no es solamente eso. Al descubrimiento de no haber llegado a la excelencia mundial a que se consideraba con derecho sigue el furor contra el culpable de la frustración; y la búsqueda y vilipendio del Gran Culpable llega a extremos enfermizos. Mitos paralelos al del Gran Culpable son el del Gran Salvador —que de pronto, milagrosamente, hace olvidar las destrucciones del Gran Culpable— y el del Supremo Definidor, una especie de juez trascendental que, al fin de los tiempos de inmadurez, dirá, inapelablemente, por encima de las mitades contendientes del país, cuál tenía razón y cuál no, y arrojará esta última al infierno.

De la presunción, fatuidad o engreimiento del hombre de Buenos Aires, que tanto dio que decir desde el albor de la nacionalidad, sólo habría que acotar que no es lo más general sino lo más saliente, y por tanto más se nota. De la otra parte, habría que señalar nuestro hipertrofiado sentido de la autocrítica; y así, en la caldera en

que se cuece la personalidad colectiva, la fatuidad de unos y la crítica de los otros se compensan.

Muy notable es un rasgo emparentado con la melancolía indicada arriba: la conmoción religiosa que suscita la muerte, y en particular las grandes muertes —la de los ídolos y caudillos—. Cuando un argentino quiere hablar en serio habla solemnemente y la explotación del “cadáver popular” es aquí una institución periodística. Puede ser un legado de la tradición mediterránea; en primer término, de España. En el pueblo de Corrientes y provincias aledañas, muchos llevan pequeños esqueletos de hueso colgados del cuello: es San La Muerte. Y en el folklore argentino hay un capítulo de las supersticiones reservado a las “canonizaciones populares”. El que muere en alguna circunstancia trágica, y con sólo morir, puede ser considerado mártir por el *folk* —inclusive en las ciudades— y, subsiguientemente, objeto de peticiones y *mandas*, las que se cumplen religiosamente una vez obtenida la gracia. La amplitud de esta superstición en el resto de América no está bien estudiada; pero el folklore argentino exhibe bastantes singularidades, y ésta podría ser una de ellas.

Por último, y como fruto de tan notable siembra, están la imprevisión y la improvisación. Los administradores de los servicios públicos descubren a cada tanto con horror que sus antecesores no habían caído en la cuenta de que hacían sus cálculos con elementos amortizables: creían, sin pensarlo, que iban a durar eternamente. La improvisación, por otra parte, es en todo la norma. ¿Hay alguien más despejado y captador que el argentino? A la media hora de hurgar un aparato desconocido, ya lo está manejando, y hasta componiendo el desperfecto que le impedía marchar bien. No es entonces sorprendente que de golpe se le ocurriera a un gobierno multiplicar por tres el número de universidades, cuando en las existentes había ya escasez de profesores idóneos. De esto dijo también lo que tenía que decir Ortega y Gasset, en el ensayo aludido arriba.

¿Son los dichos, defectos argentinos, del argentino esencial o representativo; tal vez de los pueblos americanos que parió España; y por qué no de la misma España y de otras naciones? No importa

sumamente averiguarlo. Lo principal es que no son defectos malignos, antipáticos, repelentes. Con todos ellos, la Argentina se hace amar; y su capital, tildada de impersonal, chata, grisácea, posee un irresistible hechizo. ¿Conservará ese encanto cuando ahogue sus defectos y despliegue sus virtudes? ¿Cuando entre en la historia con el pie derecho y sin pedir licencia? ¿Quién sabe!

PISTAS FALSAS O ESTRECHAS QUE SE OFRECEN AL PROCESO DE DEFINICION NACIONAL

A un país se lo puede dejar crecer libremente, o bien ajustándolo a pautas más o menos acordes a su “personalidad básica”; y también se lo puede meter en un molde que parece bueno juzgando por el resultado que dio en otros países. Esto último es lo que le aconteció a la Argentina con las instituciones y la Escuela del 80, las que siguen en vigor y hasta parecen ser la verdadera Constitución de la República.

Para salir de ese molde y crecer auténticamente, o para afirmar una autenticidad dentro del mismo, se han propuesto diversas vías repristinizadoras. Las sometimos a una amplia crítica en nuestro libro citado sobre Juan Alfonso Carrizo. Aquí las reproduciremos sinópticamente, con alguna modificación. Son ellas:

1. El *mayismo*: creer que el *país* argentino comienza el 25 de mayo de 1810 o desde las Invasiones Inglesas. Falso: comienza con la fundación de las primeras ciudades. El gobierno de los naturales y la Independencia no han cambiado el carácter criollo; y el argentino es un criollo, un americano, muy especial, sin duda, pero no un europeo, por más que se empeñe en sus planos capitales por sentirse y querer serlo. Para eso le faltan muchas cosas: la primera, nacer y vivir en Europa.

2. El *hispanismo*: creer que nuestra cultura antigua y modo de

ser son españoles. Claro que lo son básicamente; pero, aun antes del segundo poblamiento —la inmigración traída por los gobiernos del 80—, el criollo no era otro andaluz, otro castellano o un colombiano, por ejemplo, sino otra cosa. El español que vino después del 80 sólo encontró aquí de su tierra el idioma, y no enteramente igual. De todas maneras, hay en la Argentina cuatro revestimientos existenciales que pueden otorgar distinción: parecer francés, inglés, nórdico o español, sólo que español con blasón, aunque sea el dudoso de “hidalgo de solar conocido”. Ningún aristócrata argentino, sin eso, querrá gloriarse de su origen étnico; frente a un “argentino nuevo”, sólo argüirá la condición expectable de sus antepasados criollos.

3. El *indigenismo*: no somos españoles, sino indoamericanos. En realidad, ni los criollos más pigmentados del interior se sienten ni quieren ser “indios” o mestizos. Culturalmente, en toda la Argentina no hay nada en que resalte significativamente un elemento autóctono. Por supuesto, la antigua cultura criolla está en partes llena de ingredientes aborígenes, pero siempre ingeridos en un contexto criollo, o americano de planta hispánica. Ricardo Rojas y casi todos los músicos nacionalistas argentinos se equivocaron lamentablemente en este punto. Fue un último eco del antiespañolismo de Mayo y del cenáculo echeverriano.

4. El *gauchismo*: en el gaucho está la esencia de la nacionalidad. Puede ser. Pero, salvo el público de las peñas folklóricas de Buenos Aires y los lectores apasionados de *Martín Fierro*, los argentinos miran hoy al gaucho como un mito o una ficción más o menos circense. El gaucho y su habla presunta, con todo, han dado lo mejor de nuestra literatura nacional y lo único valedero de nuestra ópera nacional. Claro que bajo su exterioridad había en esas obras un genuino drama humano y, a veces, hasta un genuino drama patrio.

5. El *folklorismo*: no hay más autenticidad argentina que en la antigua cultura oral criolla conservada por los paisanos del campo y las aldeas lugareñas. Sí, pero es una cultura virtualmente extinguida, y sus formas no son reproducibles en “escala nacional” sin una elaboración en que se conjuguen el estilo de las grandes formas escritas

y una genialidad personal misteriosamente alimentada por los “demonios de la tierra”. Desde hace unos años, el folklorismo no es más que un departamento de la industria cultural y la turística.

6. El *tanguismo*: Buenos Aires es la cabeza del país y “la reina del Plata”; por tanto, sus creaciones más típicas, el tango y el lunfardo, representan hoy la autenticidad nacional. Esta expresión del romanticismo picaresco, heredado obviamente de España, viene a ser una metástasis del *gauchismo* declinante. Huyendo de la ficción europeizante del “macrocentro”, así como unos se fugan a un “campo” de ficción, otros lo hacen a una “orilla nacional”, no menos ficticia. *Martín Fierro* y el Tango son creaciones nacionales respetables; el gauchismo y el tanguismo adolecen de notoria inautenticidad.

¿Está condenada la Argentina a buscar en los estratos tradicionales y vulgares el sello de lo genuino? Dice Ernesto Sábato: “La clave no ha de ser buscada ni en el folklore ni en el “nacionalismo” de los temas y vestimentas: hay que buscarla en la profundidad. Si un drama es profundo, *ipso facto* es nacional; porque los sueños de que están tejidos los seres de ficción surgen de ese ámbito oscuro que tiene sus cimientos en la infancia y en la patria”⁸. Es cierto. Pero la dificultad no hace más que correrse a otra parte. ¿Cuántos argentinos pueden llegar a “la profundidad”? Pues no menos cierto es lo que advertía Ortega y Gasset: que nunca el argentino se entrega a algo enteramente, excepto a su propia imagen. Y si, en verdad, hay más de uno capaz de consumir semejante proeza, ¿no dejaría *ipso facto* de ser argentino, mejor dicho, de representar a la Argentina? Con todo, eso lo dijo Ortega y Gasset hace cincuenta años, y con base en su conocimiento de los círculos intelectuales que lo rodearon. Quizás habría que escribir, como es frecuente en los EE.UU., un “Ortega y Gasset reconsidered” . . . Se nos ocurre que el mismo Sábato podría acometer la tarea.

⁸ *La cultura en la encrucijada nacional*. Buenos Aires, 1973, pp. 18-19.

Seguramente, nos hemos limitado a arañar el tema. Pero ver, documentar y decir todo requiere un equipo de trabajo y un volumen de 300 o 400 páginas. ¿Valdrá la pena tanto esfuerzo por algo que al fin no resolverá nada, pues ninguna mitad quiere reconocer sus propios errores y los aciertos de la otra? La síntesis o la concordia de ambas —la autenticidad y la inteligencia— no es cuestión de conciencia nacional o de información amplia y objetiva. Sólo puede lograrse por un desarme *patético*, una depuración o digestión de pasiones; y eso parece a todas luces imposible, tan imposible como el que una mitad absorba o elimine a la otra. Nadie puede augurar cuándo caducarán el mito de la “hidra de la iniquidad” y su atroz contramito: el “*pathos* exterminador”, o “escarmentador”, que alimenta el sueño falaz de cortarle a aquélla de un tajo las siete cabezas y reinicia periódicamente el ciclo de los crímenes punitivos y las puniciones criminales. La sed de los dioses de la Revolución, de Termidor y hasta de la Razón, no saciada con el holocausto de Liniers y Dorrego, es una de las más terribles contradicciones que ofrece esta “tierra bendecida por la mano del Creador”, donde nada falta y cuya moderación en lo bueno como en lo malo es un rasgo distintivo de su imborrable personalidad.

Indice

Argentina, un mundo: el quinto	5
El tormentoso nacimiento	7
Excursus	8
Hacia una teoría de la Argentina a través de la historia	12
Aproximaciones a la definición del carácter argentino	15
Los proyectos nacionales y educacionales propuestos al país en cuatro siglos	20
Lo que dicen la documentación historiográfica y la observación tipológica	30
Pistas falsas o estrechas que se ofrecen al proceso de definición nacional	37
Colofón	40
Indice	41